

si no la decrepitud sí por lo menos la indiferencia y la inercia. Sin duda el señor Samper tenía de su raza esa robustez de cuerpo y de espíritu, pues bien sabido es que sus hermanos todos se han distinguido como atletas del trabajo en diversidad de campos.

¿Y por qué se preocupaba tanto el señor Samper por las cosas públicas? Hombre acaudalado, de vida absolutamente independiente, ajeno a toda vanidad de lucir y parecer sin esperar nada de la política (fuera de las periódicas contribuciones de guerra),

rodeado de las cariñosas y solícitas atenciones de su familia y del respeto social, parecía natural que, a lo menos en el ocaso de sus días, buscara aquel blando reposo a que tienen derecho todos los que ya han abierto hondo surco en la heredad común. No lo juzgó así; su amor a la patria, que para él era madre, no consentía semejantes relajaciones egoístas. Tipo sobreviviente de aquellos hombres de las pasadas generaciones que no conocieron elogios, ni buscaron ruines medros en la vida

pública, robustos y enteros como los robles de nuestras montañas, el señor Samper se creyó siempre obligado a devolver con intereses doblados hasta el último cuadrante recibido de la patria amada. Eso es ser buen ciudadano; y como el señor Samper lo fué excelente entre los mejores, no hemos querido faltar a la justicia histórica al darle el dictado de grande, que la posteridad confirmará.

CARLOS MARTÍNEZ SILVA

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

En la tierra de Renán

3. La casa natal

El miércoles de cada semana es un gran día en Treguier: es el día del mercado, en que acuden, por todos los caminos, como en romería, a pie, a caballo y en carretas, los campesinos, y se juntan a vender y a comprar en la única plaza del pueblo. Si uno se acerca a ellos, no les entiende una palabra, porque el bretón es extraño a las fuentes clásicas. Los mercaderes se instalan al lado de la catedral y en torno del monumento de Renán, que es una acabada obra maestra de Jean Boucher, tanto por su concepción como por el genial arte escultórico.

Renán, sentado en un banco de piedra, de levita y con su sombrero bretón al lado, en la actitud campechana de hijo de pescadores, apoya la mano izquierda sobre un libro, y con la derecha agarra su tosco bordón, que se conserva en el museo de su casa natal.

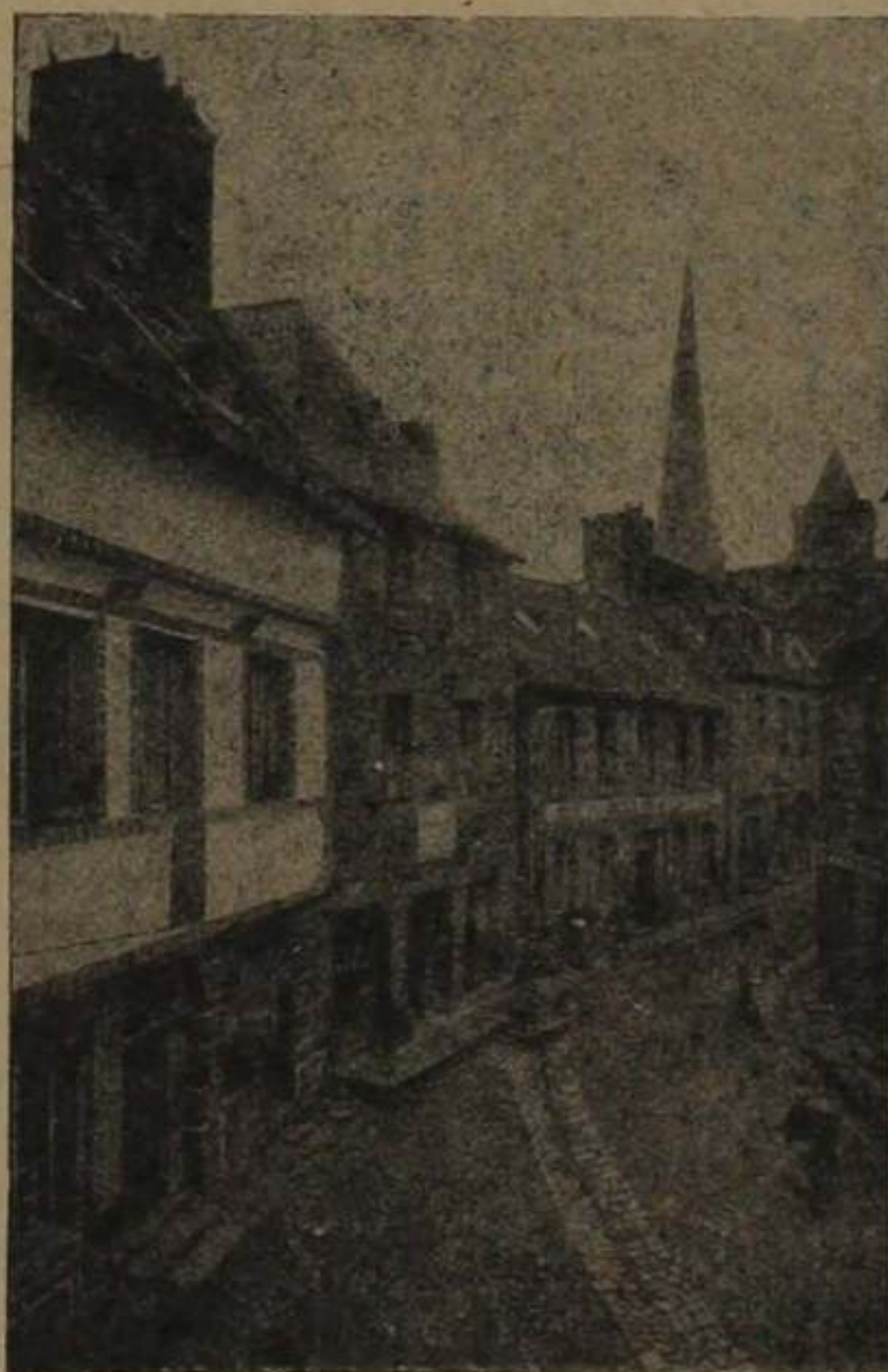
Parece levantar la cabeza, cercada de sus largas melenas, y escuchar lo que le dice la diosa de los ojos azules, que lleva en el pecho la cabeza de Medusa, ciñe el gran casco, y las insignias de su divinidad, y con la diestra en alto corona a su elegido con la rama de oro. La actitud grave y solenne de Pallas Atena es realmente de una diosa.

El pedestal es de granito, rodeado de una verja de hierro, pintada de blanco, que cubre un espacio de cinco metros cuadrados, dentro del cual hay dos bellos árboles bretones que los vecinos riegan por las tardes. Sobre el pedestal, y al pie de la estatua, esta sola inscripción:

Ernest Renán

Né a Tréguier le 28 Fevrier. 1823.

On ne fait de grandes choses qu'avec la science et la vertu. La foi qu'on a eue ne doit jamais étre une chaîne. L'homme fait la beauté de ce qu'il aime et la sainteté de ce qu'il croit.—E R.



Casa natal de ERNESTO RENÁN en Treguier

Los mercaderes bretones no ignoran que el hombre que glorifica ese monumento es de su raza y de su terruño, y algunas bretonas, de las que llevan cofias más blancas, me han contestado al interrogarlas;

—Es verdad, señor, fué un sabio y un hombre bueno, pero no apruebo lo que hizo.

—¿Y qué fué lo que hizo?

La respuesta la hemos dado nosotros en el *Calvario de Reparación...*

«Lantreguer» y «Landreguer» antiguos nombres bretones de Tréguier indicaban los orígenes religiosos de la ciudad: «Lan», ermita, iglesia; y «Trégor», el nombre del país. San Tudual, con los bretones que huían de la isla de Bretaña, hoy la Gran

Bretaña, su patria, invadida por los sajones, vino a Armórica con su madre Pompaia, su hermana y setenta y dos solitarios. Recorrieron la región y se establecieron en el valle de Trégor, donde edificaron un monasterio. «Un campo sagrado, dice un cronista, de una o dos leguas, que se llamaba el Minihi, rodeaba el monasterio, y gozaba de las más preciosas inmunidades.» Toda la historia de este país se reduce a la historia de sus obispos y de sus monasterios. Aún después de la Revolución que asoló este país, y a principios del siglo XIX, de las ruinas se levantaron monasterios y seminarios, y al través de los siglos, y no obstante Waldeck-Rousseau y M. Combes y las Leyes de la Separación, el valle de Trégor sigue siendo el mismo país de rústicos labradores y pescadores y de lobos marinos, el mismo valle de almas, de peregrinaciones, de santos y de milagros.

Y hé aquí, en pocas palabras, el afortunado terruño donde tras una larga y misteriosa gestación de mil trescientos años, tomó forma corpórea, en un cuarto oscuro y húmedo, en completa miseria, ese espíritu de maravillosa selección que durante cincuenta años ha ejercido un apostolado de la más alta, noble y libre cultura en el mundo. ¿Cómo, de las raíces de este pueblo de marinos, labriegos y pescadores, cuyas características principales son la conformidad y la piedad, pudieron germinar la rebeldía y la impiedad de Renán? ¿Cómo pudo desarrollarse en este ambiente impregnado de quince siglos de cristianismo el sabio profundo y audaz y el maravilloso artista de la *Plegaria ante la Acrópolis?*

Después de un mes que vivo aquí, recorriendo el país en todas direcciones, y en contacto íntimo con esta gente, sedienta de infinito y de Dios, no he logrado, por más que lo he meditado, dar respuesta a esta pregunta, que